

REFORMA SIGLO XXI

LA SORPRESA

■ ■ Eugenio del Hoyo Briones*

Suena su celular, medio dormido contesta. ¡Mamá, buenos días! Ella emocionada le grita entre lágrimas: hijo te sacaste el avión, ¡el avión presidencial! Mamá, yo no compré boleto, le dice sorprendido; fui yo hijo, fui yo, el Presidente me cae bien y quise ayudarlo comprando tres boletos de la rifa, uno lo puse a tu nombre y salió premiado. Qué emoción, nunca nos sacamos nada en rifas y mira nomás dónde le atinamos. Dicen en la Tele que quieren entrevistarte. Mamá, ya están afuera, son un montón, unos con cámaras otros con micrófonos, otros nomás de mirones, ya quemán el timbre, no le sueltan al botón y casi tumban la puerta con sus toquidos. ¿Mamá, qué hago? ... ¡MAMÁ, en qué lío me has metido! Tranquilo, hijo, abre la puerta, sal y atiéndelos. Pero ni siquiera compré el boleto, ¡mamá, no la amueles! Además me voy levantando, ando en calzoncillos y ultimadamente no quiero salir ni quiero ese avión. Hijo, dicen que te darán un contrato de un año con una empresa que lo administre, lo rentará y ganarás dinero. Mamá ¿tú les crees?, ¿después de ese año qué voy a hacer? Te digo que no lo quiero. Están sonando sin parar el teléfono y mi celular; mamá, me van a volver loco. ¿Pa' qué andas comprando boleto?

Sale por fin de su casa entre empujones, flashazos, gritos y zancadillas, casi cae en el intento, va tarde a su trabajo y lleva ya dos retrasos en el mes, si se repite, se hará acreedor a una suspensión de tres días sin goce de sueldo y a una regañadota que de seguro le endilgará el enojadísimo y mal encarado supervisor. Malditos líderes sindicales -piensa- que por quedar bien o recibir lana de los patronos aceptan firmar contratos que favorecen a la empresa, los trabajadores somos los que les damos a ganar el dinero para ser más y más ricos, como si no tuvieran ya bastante.

Llega a la parada del camión, lo ve venir, viene lleno, le hace la seña, no se detiene, ni modo: hay que esperar al siguiente. Se hace tarde, lo suspenderán y perderá el salario de tres días; revisa sus bolsillos y decide detener un taxi, cree completar con lo que trae; no viene ninguno, de pronto aparecen dos, el primero viene ocupado, se sube al segundo y grita: rápido a la fábrica de sodas, me suspenden si llego tarde.



Niña indígena cargando un bebé

*Zacatecano por nacimiento, regiomontano de toda la vida. Ingeniero de profesión, Maestro en Administración, Doctorando en Educación. Ex Director General en ARTE A.C., Ex Rector UANE Mty., Profesor en ICAMI, radioaficionado, excursionista, miembro de FMRE A.C. y Scouts de México, coleccionista, esposo, padre y abuelo.

El tráfico es mucho y avanzan lento, les tocan los rojos, el taxista trata de ganarle al semáforo, acelera y cruza la calle al cambiar de amarillo a rojo, en ese mismo instante se oye el llanto de una sirena, es la motocicleta de un mordelón, los adelanta y les atraviesa la moto, el agente con casco, guantes, rodilleras e impresionantes botas, se baja de la moto, se dirige al chofer exhibiendo su placa con prepotencia, le dice al taxista sin saludar: “sus documentos joven”, el muchacho saca la tarjeta de circulación y la licencia y se las entrega, mientras a él le corría un sudor frío imaginando que con la tardanza quedaría suspendido y recortado en su raya, contenía su coraje para no pedir al motociclista que se diera prisa, ni soltarle una ristra de maldiciones. Jovenazo –dijo el agente de la ley–, dejémonos de hacerle al monje, ¿cuánto va a dejar? Mire usted –replicó el taxista– estoy haciendo la cruz con este señor, lleva prisa para llegar a su chamba, no sea malito, déjenos ir. ¿Cuánto le vas cobrar por la dejada? –preguntó el poli– Eso, mi querido gendarme, a usted qué le importa. Mira, jovencito, –respondió enojado el agente– te estás pasando de listo y se me hace que te voy a recoger el taxi, ahorita pido la grúa, saca la feria para arreglarnos, ¿po’s no que tanta prisa? El uniformado, observó detenidamente al pasajero y de pronto gritó: ¡usted es el que se sacó el avión! ¿Verdad? Sí. –Le contestó–. Por allí hubiéramos empezado –dijo–, ahorita mismo lo escolto para que llegue rápido, ¿dónde se lo van a entregar, en el Aeropuerto o en México? No mi oficial, ahora voy a mi jale y ese maldito avionzote no lo quiero, ¿pa’ qué? ¿Qué hago con él? –le dijo.

¡Óigame! Esto ya me suena a pitorreo, eso que se lo crea su abuela, viéndolo bien usted nomás se parece al afortunado, ahoritita mismo pido la grúa pa’l taxi y a ustedes dos me los llevo a la ministerial por escarnio a la autoridad. Nadie pudo contener la ira del uniformado, quien pidió una grúa y una patrulla.

Llegaron ambos vehículos, el taxi p’arriba y taxista y pasajero pa’dentro. De nada sirvieron, insultos, gritos, perdones, amenazas, que mi tío, que mi padrino, que te vas a arrepentir.

Los bajaron a macanazos y los enjaularon en las celdas. Lamentando su infortunio quedó pensativo y meditabundo; aparece uno de los policías y le llama por su nombre, sorprendido se levanta. ¿Cómo sabe mi nombre? Es que lo reconocimos, y quiere verlo el jefe en su oficina, sígame. Entraron al amueblado

despacho, allí en un mullido sillón frente a un antiguo escritorio, se encontraba sentado el jefe, bebiendo café y fumando, le ofrece sentarse en una de las dos sillas con antebrazos frente a él. Amigo, –dice el jefe– lo reconocí porque lo pasaron en el noticiero. ¿Qué se ganó el avión? Eso dicen, –contesta–pero yo ni compré boleto, lo compró mi mamá y neta yo no quiero ese avión. No me diga, cualquiera daría lo que fuera por recibirlo, así es que nosotros lo llevaremos al aeropuerto con escolta. Nos esperan en una hora, cuélele para subirse a la patrulla.

Se agarró de los brazos de la silla y gritaba: ¡No, por favor, déjenme en paz!, Dos policías lo sujetaron y otro lo arrancó del asiento, lo llevaron pataleando y vociferando y en un santiamén lo treparon al carro del jefe, nuevecito, último modelo. Salieron con sirena abierta y escoltados, iban rodeados de reporteros en autos, camionetas y motos que se acercaban peligrosamente al auto para filmar el interior. Él gritaba: ¡Nos pasamos en amarillo, ustedes se pasan los rojos! ¡Déjenme bajar, no quiero ese maldito avión, qué puntadas de rifarlo! ¿Qué voy a hacer con él?, ¿dónde lo guardaré?

En el aeropuerto, lo esperaban, había mucha gente que aplaudía, gritaba, agitaba banderitas con la imagen del Dreamliner. ¿Quién las mandó a hacer? ¿Quién las repartió? ¿Para qué tanto guato? –Se preguntaba nuestro afortunado personaje–. Lo sacaron en vilo, lo llevaron en hombros, la gente quería tocarlo, arrancarle un botón, un cabello, un zapato, lo que fuera con tal de llevarse un recuerdo; él trataba de zafarse, no lo podía creer.

Le pidieron subir y entrar al avión, se negó. ¡No han entendido que no lo quiero! –dijo enfurecido–. Lo cargaron entre cuatro, uno por cada extremidad. A mitad de la escalera, pataleó, se estremeció y retorció tan fuerte que se zafó, cayó y rodó por los escalones. Sintió que sus huesos se rompían, sangraba, se moría...

De pronto despertó. ¿Cuál sería su sorpresa? Se había caído de la cama. Todo había sido solamente un sueño, una terrible pesadilla.